CAPÍTULO XIII

San Agustín da una idea del cielo

68.—El hombre en la tierra es perpetuo peregrino que camina constantemente hacia su fin. La fe me enseña que su fin no está en la tierra, está en el cielo.

El peregrino tiene fijo en el pensamiento el lugar de su peregrinación, como todo el que emprende una empresa o aspira a la posesión de lo que juzga necesario o solamente conveniente, tiene su atención fija en esa idea y la mira y estudia detalladamente hasta conseguirla.

El bien necesario para el hombre es ese último fin: Dios, la visión de Dios, el cielo, fin glorioso y para siempre. Si le pierde, *¿de qué le sirve todo lo demás?*[1].

1. Lucas, 9, 25.

Los seres no racionales obran conforme a su fin, por instinto. El hombre obra libremente con la razón y la libertad que Dios le dio, pero camina necesariamente a su fin último y para recoger el fruto de lo que sembró viviendo con sus obras. Dios quiere que el fruto y premio de mis obras sea el cielo, vivir la felicidad del mismo Dios en el cielo. Me ha dado la libertad para que yo lo quiera y procure. El cielo no puede ser premio de obras malas.

Mucho alegra mi espíritu leer en las vidas de los santos cómo resalta la idea del cielo glorioso como una dichosa obsesión, que les daba contento, los fortalecía e iluminaba el camino. Vivían también la santa obsesión del recuerdo de mirar a Dios presente como Padre amorosísimo, que en todo les acompañaba y todo a Él se lo ofrecían. También yo sé que Dios está presente en mí por esencia, presencia y potencia; está en mí más íntimo que yo a mí mismo; lo está continuamente dándomelo todo y es el Sumo Bien en Sí y lo es para mí; es la Suma Sabiduría y la Suma Hermosura y es mi último fin glorioso. ¿Por qué no andaré y obraré yo con El? Dame, Dios mío, tu amor especial para que ande yo siempre en Ti, Contigo y te ame. Que obre yo bien para no perderte a Ti, mi fin último.

Jesucristo me exhortó a vivir este recuerdo del cielo cuando dijo: *¿Qué adelanta el hombre con ganar todo el mundo si es a costa suya y perdiéndose a sí*

mismo?[2]. Quien pierde el cielo, no consigue su fin último y se pierde a sí.

69.—Muchos se han preguntado, como San Estanislao de Kostka cuando le proponían algo: ¿Qué vale esto para la eternidad? Debo yo también preguntarme en cada obra que realizo: ¿Qué vale esto para amar más a Dios y verle con mayor claridad y gloria en el cielo? Las acciones de los santos y el amor con que las realizaban eran la respuesta a esta pregunta: todo de Dios, todo para Dios y por Dios; todo en Dios. Pensaban en Dios, que es pensar en el cielo, como pensar en el cielo es tener el pensamiento y el corazón en Dios.

Los santos gustaban tener presente a Dios, y hablar de Dios y del cielo. El buen ciudadano habla con gusto de su patria y se interesa de cuanto en ella hay y de sus acontecimientos. ¿No tendré yo interés en informarme del cielo y saber de él cuanto pueda? Si conociera alguna de sus bellezas y de sus gozos, estaría como obsesionado pendiente del cielo y mi recreación y contento sería hablar de la vida del cielo y de sus maravillas y delicias. Así lo hicieron las almas afortunadas que habían gustado o visto algo de sus goces. Cerraban sus ojos a la luz del sol para contemplar mejor la claridad de la luz y de la vida del cielo. ¿Qué será el cielo?

2. Lucas, 9, 25.

San Agustín gozaba con esa delicia, pues en muchísimos de sus escritos trata del cielo y siempre con entrañable complacencia y con un entusiasmo que se comunica al lector. Y el santo dice: *Si tanto nos deleita hablar de aquella ciudad, ¿qué será verla? ¿Qué será ver a Dios?*[3]. Y advierte que quien piense en el cielo se prepare para ver y oír lo inusitado e inaudito, porque nada de la tierra puede asemejarse al cielo ni a lo que hay en el cielo, aun cuando las palabras sean las mismas, pues no se conoce otro modo para expresarlo ni se tiene idea de ello.

Así dice: *Será nuestra habitación sola la alegría... Allí está la habitación de los que se alegran; no tendrá lugar el gemido de los que desean, sí la alegría de los que gozan, como que estará presente el mismo por quien suspiramos... Allí no habrá otra ocupación que la de alabar a Dios. ¿Y qué otra cosa buscaremos donde basta Él solo, por quien fueron hechas todas las cosas? Seremos habitados y habitaremos. Dispongámonos para otro gozo..., no nos preparemos como para gozar allí cosas semejantes a las que ahora nos alegran... Preparaos para una cosa inefable y limpiad vuestro corazón de todos los afectos terrenos y seculares... Tenemos que llegar a cierta cosa, en cuya vista seremos bienaventurados y ella sola nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Comeremos, y el mismo Dios será el manjar nuestro que nos alimente y no*

3. San Agustín: *Tract. del Cántico Nuevo.*

se consuma[4]. Los cuerpos gloriosos en el cielo no necesitan ni alimento ni descanso.

70.—En el cielo siempre está el alma llenándose de deleite con la mirada fija en la hermosura de la Verdad infinita. También en la tierra cuanto más se mira la maravilla del cielo, más se admira y más se goza en continuar mirándola y más se desea la posesión de tan insoñable delicia. Así lo vemos en San Agustín. Mira con admiración y fijeza: ¿qué será el cielo? Dice el santo:

Es tan grande la hermosura de la justicia y tan grande la dulzura de la luz eterna, que, aunque no se pudiera perseverar en ella nada más que un día, se podían despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de deleites y regalos y de la abundancia de bienes. temporales, porque no se dijo en falso ni con mal afecto aquella sentencia: «Mejor es un día en tus atrios que mil» (Salm. 83, II)[5].

Más aún: si fuera necesario estar en el mismo infierno largo tiempo para poder ver la gloria de Dios, era muy conveniente abrazar esas terribles penas.

¿Y cómo podré yo figurarme ese cielo? ¿Dónde estará y cómo será? Dejad, imaginación y alma mías, dejad los jardines y los palacios y ciudades y delicias

4. San Agustín. Narración del salmo 86, 3.
5. Id., id.: *Del libre Albedrío*, lib. 3, cap. 25, núm. 77.

de la tierra y mirad más alto otra mayor belleza y más variado encanto. Escuchad a San Agustín, que os dice: *Los esconderás en lo escondido de tu rostro. ¿Cuál es este lugar? No dijo: «Los esconderás en el cielo»; no dijo: «Los esconderás en el paraíso»; no dijo: «Los esconderás, en el seno de Abraham». Son muchos los nombres que en las santas Escrituras se han puesto a los lugares futuros de los santos; mas téngase en nada todo lo que es fuera de Dios. El que nos protege en el lugar de esta vida, será Él mismo nuestro lugar después de esta vida... Sé tú casa suya y Él será casa tuya. Habita Él en ti y tú habitarás en Él. Si en este siglo le recibieres tú en tu corazón después de este siglo te recibirá Él en su rostro*[6].

El rostro de Dios es el Verbo eterno, la Sabiduría eterna.

71.—La idea de Dios y la hermosura y poder de Dios absorbían y llenaban la inteligencia de San Agustín, como llenaban y absorbían las inteligencias de San Anselmo, de Santo Tomás y de los santos todos. A semejanza de la idea de Dios, estaban embelesados con la idea del cielo sobrenatural, con la felicidad perfecta. Porque el cielo y Dios era su anhelo, hablaban frecuentemente de él, siempre con admiración y cariño, pues su recuerdo les comunicaba cierta felicidad.

6. San Agustín: Narración del salmo 30.

La idea de Dios y del cielo llenaba sus grandes corazones, y ponía aliento en su voluntad para realizar todos los heroísmos. Sólo querían vivir —y de hecho ya vivían— por Dios, para Dios y en Dios.

Pensar y hablar del cielo es pensar y hablar de Dios, pues la felicidad no está en el lugar, aun cuando el lugar sea proporcionado a la felicidad por la belleza y encanto. La felicidad está por encima del lugar y es Dios, sólo Dios. Dios es la Vida, y la Sabiduría, y el Poder, y la Bondad, y el Amor eterno. Dios es la felicidad en el cielo y es el mismo cielo.

Si agrada hablar de lo que es grato y gustoso, ¿qué puede haber más agradable y más gustoso que Dios y el cielo? Si recrea y satisface pensar en lo que juzgamos encontraremos nuestra dicha, ¿en qué puede estar la dicha ni dónde la encontraremos sino en Dios y en el cielo? Santo Domingo, de noche hablaba con Dios y de día hablaba de Dios. Siempre con Dios.

¿Por qué no he de querer pensar, Dios mío, en el cielo, que sois Vos mismo? ¿No sois Vos el cielo verdadero donde los ángeles y los bienaventurados viven gloriosos vuestra misma vida y gozan vuestra misma felicidad?

Pero ¿qué idea podré formarme del cielo? ¿Cómo será y dónde estará?

72.—Como se recreaba y gozaba San Agustín pensando en la belleza inconcebible de Dios, se

recrea también, y me enseña a recrearme, en la belleza del cielo.

La idea más alta, después de la fe, que puedo tener de Dios y la más atrayente es la que se presenta a mi mente como un relámpago deslumbrador del bien, de la hermosura, del gozo, del poder y sabiduría, cuando oigo la palabra de Dios. La fe es oscura, pero en su oscuridad enseña más y con mayor seguridad que Dios es una perfección simplicísima, Suprema e infinita que encierra en Sí todas las perfecciones posibles y de modo infinito y las comprende y encierra todas juntas, porque es todo el Bien junto e infinito y con el más primoroso detalle en Sí mismo, pero por su misma perfectísima idealidad espiritual la inteligencia humana no puede precisar ningún detalle ni límite, pues no ve. Cuando quiero detallar este Bien infinito junto, lo rebajo, lo pongo límites, lo empequeñezco, lo hago finito, deja de ser Dios.

Dios no es este bien finito o esta hermosura finita. Dios es el Bien, y la Hermosura y la Verdad infinita, sobrenatural, inimaginable. Lo infinito está sobre todo entender natural, sobre toda imaginación o ensueño. Mi entender es de otro orden inferior al de Dios y no se parece a su entender. El entender de Dios es infinito, sobrenatural. Dios es el Ser y el acto infinito simplicísimo, de infinita actualidad y actividad, es espíritu purísimo, es el ahora infinito, omnipotente. Dios es la eternidad, o sea:

todos los bienes posibles, actuales, juntos, simultáneos y es toda la felicidad. Dios supera y trasciende toda ciencia. Es el infinito Bien, creador y conservador de todos los bienes[7].

A semejanza de esta idea de Dios, eminentísima, es la que San Agustín tenía del cielo, la que meditaba y deseaba perfeccionar y quería expresar. Es superior al lugar del cielo. Es el cielo esencial y está sobre todo detalle, sobre toda comparación de cualquier hermosura creada, sobre toda luz o bien conocido, sin límite. Porque trasciende toda ciencia no se puede entender ni concebir, ni hay leguaje para expresarlo. Es la visión directa de Dios y su gozo.

Y el lugar del cielo tampoco se parece a lo que ahora nuestros ojos ven en la creación, aun cuando de algún modo procuramos expresar lo desconocido e inefable por lo que conocemos. San Pedro lo llamaba *los cielos nuevos y la tierra nueva que esperamos, donde habitará eternamente la justicia*[8].

El cielo es la luz sobrenatural; es la dicha de entrar a entender gloriosamente los arcanos de la Divina Sabiduría y gozar enefablemente del Amor eterno con la posesión gloriosa de Dios por la visión. Es conocer y vivir no sólo lo verdadero, bueno, amable y feliz, sino la Verdad misma, la Bondad, la

7. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. X, número 146. San Agustín repite esta idea en varios de sus libros. Véase *De la Santísima Trinidad*, 1, 8, c. 2 y 3.

8. San Pedro, II, 3, 15.

Amabilidad y la Felicidad. Es gozar el sapientísimo misterio de la Luz increada, de la Armonía eterna, viviéndolo y gozándolo en la compañía y en la comunicación con todos los Angeles y Bienaventurados en Dios y con Dios gozando su mismo gozo. Es ser hecho sabiduría en la Sabiduría de Dios, que endiosa al alma infundiéndola la gloria sobrenatural y la exaltación de felicidad natural y sobrenatural en proporción de la gracia que en la tierra tuvo, pues sabemos que la gracia es participación real, pero no gloriosa, de la naturaleza de Dios. La participación de la naturaleza y de las perfecciones divinas es la misma en el cielo que en la tierra, pero ya es gloriosa y radiante en dicha. La gracia en la tierra es vida sobrenatural de Dios en el alma, no gloriosa; en el cielo es la misma vida sobrenatural de Dios en el alma, pero ya gloriosa, como lo es Dios. La gracia da el grado de gloria. El cielo es luz purísima. De esa luz dice el santo: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra*[9]. De esta luz trataré más adelante con la ayuda de Dios. Ahora repito las palabras del poeta:

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
de luz y de armonía!

....

¡Alma, levanta el vuelo a la alta esfera!
¡Sube a los cielos, sube![10].

9. San Agustín: Sermón 4, 3-4.
10. Federico Balart: *Poesías*.

73.—No sólo con el deseo del poeta, sino con la inspiración de San Agustín y en su compañía, levanta, alma mía, tu pensamiento en vuelo de fe y atiende cómo te enseña a ver lo que es el cielo: *Lejos de mí juzgarme feliz por cualquiera gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, cuyo gozo eres Tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de Ti, para Ti y en Ti. Esa es y no otra.*

Estaban solos San Agustín y su madre, Santa Mónica, ya camino de África: Y *sucedió que nos hallásemos yo y ella apoyados sobre una ventana... donde, apartados de las turbas, después de largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación.*

Allí, solos, conversábamos dulcísimamente; y olvidando las cosas pasadas, ocupados en el porvenir, inquiríamos los dos delante de la Verdad presente, qué eres Tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que «ni el ojo vio, ni el oído oyó ni el corazón del hombre concibió». Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente —de la Fuente de la Vida, que está en Ti— para que, rociados según nuestra capacidad, nos formáramos de algún modo idea de cosa tan grande.

Y como llegara nuestro discurso a la conclusión de que cualquiera deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande, revestido del mayor esplendor corpóreo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, pero ni aun de ser mentado, levantándonos con más

ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando sus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y es la vida de la Sabiduría, por quien todas las cosas existen, así las ya creadas como las que han de ser, sin que Ella lo sea por nadie; siendo como fue antes y como será siempre, o más bien, sin que haya en Ella ni fue ni será sino sólo es, por ser eterna, porque lo que ha sido o será no es eterno.

Y mientras hablábamos y suspirábamos por Ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca, donde tiene principio y fin el verbo humano, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, que permanece en si sin envejecerse y renueva todas las cosas.

Y decíamos nosotros: Si hubiera alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismos cielos y el alma misma callase y se remontara sobre sí, no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pensando —puesto que todas estas cosas dicen a quien les presta oído: «No nos

hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente»—; si, dicho esto, callasen, dirigiendo el oído hacia Aquel que las ha hecho, y sólo Él hablase no por ellas, sino por Sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigmas de semejaza, sino que le oyéramos a Él mismo, a quien amamos en estas cosas; a Él: mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole muy inferior, y ésta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el «entra en el gozo de tu Señor?». Mas ¿cuándo será esto?...

Tales cosas decía yo, aunque no de este modo ni con estas palabras. Pero Tú sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablamos de estas cosas —y a medida que hablábamos, nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, díjome ella: «Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo»[11].

74.—San Agustín, en alas de la fe, remontó su pensamiento y el de su madre, en esta maravillosa

11. San Agustín: *Confesiones*, lid. IX, cpl. 10, números 23 y 24.

excursión al cielo, sobre las cosas visibles y creadas, sobre toda fantasía y sobre toda imagen, para hacernos ver la Hermosura increada y eterna, en cuya visión y posesión está el cielo esencial y la felicidad.

Es la Hermosura Eterna vista en Sí misma, que deseaba ver Platón para no apartar jamás la vista de ella y encontrar en su mirada el gozo y la felicidad. Es la Hermosura que hacía exclamar a este santo con sólo saber su verdad: « ¡Oh Hermosura, qué tarde te conocí! ¡Oh Hermosura siempre nueva! « La vista y posesión de esta Hermosura infinita, de este Bien infinito, de este Gozo infinito, que no podemos imaginar ni comprender, que está por encima de todo lo criado, que es Dios mismo, es el cielo esencial, es la delicia y dicha.

Hablar de Dios y del cielo y de temas espirituales prepara el alma para recibir las misericordias de Dios y la despega del mundo y recoge hacia Dios y enseña la divina Sabiduría en la contemplación del callado silencio.

No podernos figurarnos a Dios ni detallarle. Dios no tiene figura ni contornos. Al detallarle se le rebajaría y caería en error, pues el detalle o figura sería a modo humano o creado, y Dios es sobre todo entender creado. Hemos de mirar a Dios en la fe y en el resplandor o relámpago deslumbrante de la Verdad, que se despierta en el alma al oír su nombre y tampoco podemos figurarnos el cielo, ni el esencial ni el local, ni la hermosura y delicia del

cielo, ni detallarle en nada. Si nos le figuramos y detallamos, es a modo humano, muy pobre, según mi limitada capacidad de entender. Y el cielo es sobre toda la belleza y gozo que podemos soñar y sobre todo humano amar y entender. El cielo es el cielo. La visión y posesión de Dios infinito.

Son los cielos nuevos y la tierra nueva de otro orden más sutil, más alto, más noble. No es lo pesado y tosco del cuerpo o de los objetos que ven estos ojos míos; es otra belleza de otro orden más impalpable y espiritual, otra luz y otra armonía que no ve la vista ni oye el oído mío, pero deleita la mirada del Ángel y del Bienaventurado. Es la claridad y la belleza de la Verdad eterna, que produce el gozo y la felicidad y en la cual mora el Ángel y el Bienaventurado.

El mismo San Agustín lo aclara diciendo: *No penséis que el gozo de los ángeles consiste en que ven el cielo, la tierra o todas las cosas que hay en ellos. No se alegran porque ven el cielo y la tierra, sino porque ven al que crió el cielo y la tierra*[12].

Parece quisiera yo ver y oír y gustar ahora en la tierra esa luz, esa armonía; que la imaginara mi fantasía y recreara mi alma y alegrara mi cuerpo. Muy pobre sería la idealidad de ese Bien pues me lo podía figurar yo. Pero el cielo es sobre toda idealidad de hombre, y nada de lo que pueda pensar la

12. San Agustín: Sermón 4, núm. 3.

humana inteligencia puede darme idea precisa de la Belleza y de la Verdad de Dios y del encanto que ha puesto en el cielo; trasciende toda ciencia y toda capacidad limitada.

La armonía del oído no puede acercarse ni compararse a aquella armonía dulcísima, espiritual, sobrenatural o espiritualizada. La claridad del cielo es la luz del Verbo o Sabiduría eterna, por quien fueron hechas todas las cosas, en quien se ven y se conocen todas las cosas criadas e innumerables no creadas. En la Sabiduría de Dios se ve al mismo Dios y se vive la alegría de Dios y la felicidad de Dios; es felicidad participada, pero es en la misma felicidad de Dios. Así ya vimos antes que nos dice el santo: *La vida feliz es el gozo de la Verdad, porque éste es un gozo de Ti, que eres la Verdad, ¡oh Dios!, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío*[13].

El cielo eres Tú mismo, Dios mío, y ésta es la misma vida bienaventurada y no otra cosa que gozar de Ti, para Ti y por Ti; ésa es y no otra[14].

Y ese gozo y esa felicidad es el cielo esencial que se gozará en el cielo local en el mismo Dios.

En Ti, Dios mío, Sabiduría mía y Gozo mío, que eres la luz y la armonía del espíritu, lo veré todo, lo conoceré y poseeré todo, lo gozaré todo. En Ti, Amor mío y Luz mía, y Contigo conoceré todos los bien-

13. San Agustín: *Confesiones*, lib. X, cpl. 23, núm. 33
14. Id, íd., lib. X, cpl. 22, núm. 32.

aventurados y todos los ángeles y su hermosura, y me comunicaré y trataré íntimamente con ellos y me alegraré en sus alegrías y ellos en las mías, todas continuas y perpetuas.

En Ti veré a todos los que amo en la tierra y con los que conviví y amé. No me faltará ningún gozo. No dejarán de satisfacérseme todos mis deseos de la manera más cumplida y en el mayor contento. Todo lo sabré y conoceré con alegría, delicia y descanso mío y de todos. Sólo es feliz el que posee todo lo que desea.

Seré feliz, seré feliz con la felicidad de Dios, que hará todo mi ser participante de ella. Seré feliz en el alma y feliz en el cuerpo. Seré feliz con todos los ángeles y con todos los bienaventurados. Seré feliz en Dios, en la misma vida de Dios. ¡Bendito sea el Señor eternamente!

CAPÍTULO XIV

San Pablo y Santa Teresa vieron algo del cielo

75.—San Agustín ha pensado y hablado del cielo basándose en la divina revelación, en la teología y en su espíritu de santo.

Los teólogos estudian e intentan explicar cuanto pueden lo que es el cielo guiados por la Sagrada Escritura, y nos pueden decir muy poco o nada de sus delicias detalladas ni de su lugar. Sabemos que existe, ignoramos sus modos concretos y sus cualidades específicas.

El cielo es la ilusión y la atracción de todos, como lo es Dios, por ser nuestro fin último. Si conociéramos las delicias, el encanto y la felicidad del cielo, todas las acciones de nuestra vida estarían dirigidas hacia él, superando todos los obstáculos que se interpusiesen, ni podríamos apartar la imaginación de belleza tan embelesadora, y hasta nos olvidaría-

mos de dar el alimento a nuestro cuerpo, como se olvidaban algunos santos.

Sabemos que el premio es en proporción de las acciones buenas de cada uno.

Se educaba Santo Tomás de Aquino en la abadía de Monte Casino, y a sus ocho años preguntaba al abad: «¿Qué es Dios?» Cuando sólo tenía cinco años, la niña que más tarde sería carmelita descalza con el nombre de Juana María preguntaba a todos: ¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios?», hasta que su propio padre se lo explicó como pudo, y al oír la explicación se dijo a sí misma: *Bástame, Señor, saber que estás en mí*[1].

Después de estudiar la enseñanza de San Agustín sobre el cielo, me pregunto yo como estos niños, y conmigo se preguntarán todos: *¿Qué es el cielo? ¿Cómo es el cielo? ¿Dónde está el cielo? ¿Cómo formaré en mí la idealidad y la noción que del cielo me acaba de enseñar?*

He leído que este santo se propuso escribir sobre el cielo, y estando pensando lo que escribiría, le envolvió una luz extraña, y al mismo tiempo oyó una voz que le decía: «¿Cómo vas a escribir de lo que es indescriptible? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar?»[2].

1. P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano*, 21 de julio.

2. V. P. Juan Eusebio de Nieremberg: *Diferencia entre lo temporal y Eteno*, lib. IV, cap. I, prf. II; P. Saturnino Junquera; *Esquemas y Ejemplos*, cap. XII.

Aun cuando fuera verdad esa anécdota de la vida de San Agustín, más indescriptible y más sobre todo cuanto se puede pensar es Dios. El cielo no es infinito. El cielo local no es espíritu, sino materia. El cielo y el lugar del cielo no es simplicísimo, tiene partes y límites, aunque, por no conocerlos, digamos que es ilimitado, como lo decimos del espacio. Dios es infinito en toda perfección y en todo bien. Dios es sin límites en toda bondad, en toda hermosura y poder, en la sabiduría y en el amor; Dios es acto simplicísimo de infinita actividad y espíritu sin figura ni contornos. Y San Agustín escribió y dijo verdades altísimas y embelesadoras de Dios. También hubiera dicho maravillas y preciosidades del cielo. Y de hecho las escribió, como las que he copiado, y otras muchas esparcidas por sus numerosos libros.

Si no es verdadera la anécdota, sí parece que el mismo santo da fundamento para ella, pues escribe: *Si me preguntas cuál será la vida después de la resurrección, ¿que hombre podrá explicarlo? Será vida de ángeles. El que pudiere manifestarte la vida de los ángeles, te podrá manifestar la vida de los resucitados, porque han de ser igual que los ángeles. Mas la vida de los ángeles está oculta; nadie pregunte más, no sea que por error no llegue a lo que desea saber y sí a lo que se fingiere, porque desea saberlo antes de tiempo y sin la debida espera*[3].

3. San Agustín: Sermón 132, 2 y sgs.

¿Y tendré yo atrevimiento y valor para, en mi ignorancia e inhabilidad, proponerme escribir sobre el cielo? Ya sé que la ignorancia es atrevida. Pero ¿no se nos aconseja y se nos manda a todos meditar sobre el cielo? Es una postrimería, la más codiciada, y su recuerdo el más provechoso. Y se nos dan magníficos guiones y esquemas para ayudarnos a meditar y se predican muchos sermones sobre el cielo.

¿No será consolador y agradable sobre toda otra alegría, pensar y soñar y desear saber y conocer las hermosuras y delicias del cielo con la mayor claridad que podamos, pues ha de ser nuestra patria feliz para siempre? ¿No recibirá el alma nuevos alientos y fuerzas para practicar la virtud y vivir vida más entregada a Dios y más escondida en Cristo conociendo los premios y magnanimidades que Dios dará en las grandezas y hermosuras y en las delicias jubilosas y radiantes alegrías del cielo? ¿No podemos decir que lo más grande, lo más noble y deslumbrante, lo más hermoso y fascinador que se puede pensar después de Dios es el cielo? Aun en la tierra el pensamiento del cielo pone el mayor contento en el alma y repercute su alegría en el cuerpo.

76.—El cielo es la obra material más maravillosa que Dios ha creado, y el lugar de la gloria el más sorprendente y fantástico, como hecho para premiar a sus amados con largueza eterna, y nadie puede

figurárselo hasta verlo. Pensar en el cielo es pensar en el mismo Dios, de quien nunca debiéramos perder el recuerdo de su presencia amorosa.

Muy bellamente han escrito muchos sobre el cielo. Muchos más le deseaban y tenían presente el recuerdo de su felicidad. Quiero yo también escribir algo lo mejor que pueda, aun cuando no iguale a lo que otros han escrito.

Dadme, Dios mío, que piense y sueñe grandezas, hermosuras y delicias; que todo cuanto pueda pensar y soñar de bellezas es como oscuridad y fealdad comparado con la claridad y esplendor de su realidad. Piensa y sueña, alma mía, cuanto pudieres, sueños de luz, de delicia, de júbilo, que, por luminosos y embelesadores que sean tus pensamientos, no pueden acercarse ni remotísimamente a la maravilla que Dios tiene la bondad de prepararte en el cielo.

Piensa, alma mía, y sueña en lo fantásticamente insuperable y en la felicidad y contento de la Patria, que Dios te dará para morada perpetua y dichosa. Ya lo es de los ángeles y de los bienaventurados. Todos tus pensamientos son como nada ante magnificencia tan incomprensible, porque son pensamientos tuyos, de tu pobre y limitada inteligencia, y la realidad es la esplendidez sapientísima e insuperable de Dios infinito. Vive de tal manera que un día puedas admirar, gozar y cantar en compañía de los ángeles y de los bienaventurados el poder, la

bondad y la sabiduría de Dios en el fulgor del cielo. Vuela, alma mía, y tiende gozosa tu fantasía y tu pensamiento por los ilimitados horizontes de tanta belleza, de tanto júbilo, de tan insospechable dicha.

77.—Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús gozaban recordando las extraordinarias e imponderables grandezas del cielo que el Señor en su infinita bondad había tenido la misericordia de mostrarlas, y se deshacían en agradecimiento.

Con estas noticias mi entendimiento vuelve a preguntarse: ¿qué será el cielo? ¿Dónde estará el cielo? ¿Cómo será el cielo? Del cielo saben más los santos que los sabios, por muy bien que dominen la teología. Vosotros, santos, que viviendo en la tierra tuvisteis visiones del cielo y ahora ya dichosamente lo gozáis, decidme: ¿qué visteis en el cielo cuando el Señor tuvo la bondad de mostraros algo de sus luces y gozos? ¿Qué gozáis ahora, llenos ya de toda satisfacción y cumplidas vuestras ansias de felicidad?

De muchos santos se nos dice que vieron o estuvieron en el cielo, y aun ellos mismos lo dejaron escrito, y expresan los gozos que experimentaron y la alegría que sentían con su recuerdo y los magníficos efectos espirituales que notaron en sus almas. Las alegrías allí gozadas superan sin posible comparación a cuantas se pueden tener o sentir en este mundo.

Santa Teresa de Jesús, que tuvo estas visiones del cielo y sus regalos, nos lo dice y pone comparaciones para darlo a entender mejor. *Me parece... que quiere el Señor... tenga el alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo*[4]. *También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber dónde hemos de vivir*[5]. *Jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo, sola una vez no trocara*[6].

Nos expresa también los deleites que al mismo tiempo sentía en el alma y a veces en el cuerpo: *Mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor le da a entender secretos y grandezas suyas; el deleite sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí —aunque sea para gozarlos sin fin—, y estos que da el Señor, sólo una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado*[7]. *Es el mayor deleite que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo*[8]. *Si todo lo pudieran gozar sin los trabajos que traen consigo..., no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor*

4. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10.
5. Id., id.: *Vida*, 28, 6.
6. Id., id.: *Vida*, 29, 4.
7. Id., id.: *Vida*, 27, 1.
8. Santa Teresa de Jesús: *Meditaciones sobre el Cantar*, cap. 4, núm. 5.

llega aquí[9]. Si Dios no ayudara al alma con una gracia especial, *tanta gloria junta tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir*[10]. *Es tanto el gozo que parece... va a acabar el alma*[11].

78.—Todos experimentamos que nuestra naturaleza nada desea tanto como el gozo. Para el gozo de todo el ser hemos sido criados. El recuerdo de los gozos del cielo acrecienta su deseo y el de procurar saber algo del cielo.

Narra San Lucas en su Evangelio que Jesús asistió a un banquete como convidado. Durante el banquete debió recaer la conversación sobre el cielo como banquete, ya que uno de los convidados hizo esta reflexión: *¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!*[12]. Deseaba el comensal ir al cielo, como lo deseo yo, aun cuando no tuviera noción tan clara y cierta del cielo como me la enseña a mí la fe. Pero tenía idea muy alta, ya que se consideraba indigno de ir a él, como me considero yo.

Dame, Dios mío, que sepa yo decir algo del cielo que tienes preparado para galardón de los que haciendo tu voluntad mostraron que te amaron en

9. Id., id.
10. Id.: *Vida*, XVII, 9.
11. Id.: *Vida*, 27, 1 y 8.
12. Lucas, 14-15.

la tierra. Enséñame, para animar a tantas almas como te aman en el mundo a santificar sus pruebas.

Ya sé por tu misma palabra que *son bienaventurados los que habiten tu casa;* ellos te alabarán *eternamente* con la exaltación del gozo más intenso y de la felicidad en tu mismo gozo y felicidad infinita *y la alabanza estará continuamente en sus gargantas*[13].

El mismo San Lucas escribe en *Los Hechos de los Apóstoles* que en los momentos en que los judíos se disponían para apedrear a San Esteban por confesar a Jesucristo, *lleno del Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús, que estaba a la derecha de Dios. Y dijo: «Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al hijo del hombre sentado a la derecha de Dios»*[14].

Gozoso en dar la vida por Jesucristo a los golpes de las piedras, se fue a recibir el premio del cielo, que veía abierto y donde estaba viendo a Jesucristo glorioso. Pero San Esteban no consignó ningún detalle. Yo pienso que ni San Esteban viviendo ni nadie ha visto el cielo. Han tenido visión o visiones del cielo y de sus goces, pero nadie ha estado en el cielo[15].

79.—Mi curiosidad no queda satisfecha con el relato de San Esteban; deseo saber detalles fijos del

13. Salmo 83, 5.
14. Lucas: *Hechos*, 7, 55.
15. Esta idea repito en varios capítulos.

cielo, el ambiente, la luz, el adorno, el modo de vida, la alegría de esa vida. San Pablo me dice que ha visto el cielo. San Pablo era elocuente y expresivo. Nadie me podrá decir lo que hay en el cielo como San Pablo, dotado del don de exponer los misterios de Dios. Leo sus palabras: *Catorce años ha —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, sábelo Dios— fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que el mismo hombre —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe— fue arrebatado al Paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es posible a un hombre explicarlas*[16].

Cuando deseo, y espero, y tú, lector, lo esperas como yo, encontrar la narración de lo que vio en el cielo, me encuentro, en cierto modo desilusionado, con lo más grande y hermoso, con lo más que se puede decir, pero sin especificar ni detallar nada. Me dice con palabras sumamente genéricas y vagamente luminosas: *Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman*[17].

En otra parte quiere ponderar de nuevo estas riquezas y hermosuras inenarrables y expresarlas, si le es posible, con mayor realce bajo otro aspecto, y lo hace no detallando ni especificando nada, no puede, sino comparando: *Porque estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos o penas de la vida presente*

16. San Pablo *I a los Corintios*, 12, 2.
17. San Pablo: *I a los Corintios*, 2, 9.

no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros[18]. No hay comparación posible entre los sufrimientos de esta vida, por tremendos e insufribles que nos parezcan, y aquella gloria y dicha que Dios nos tiene preparadas como premio sobreexcedente para galardonarlas.

Porque no hay comparación entre el dolor o sufrimiento de esta vida y la altísima e inenarrable gloria, y para siempre, del cielo, abrazó Jesucristo, más que todos los hombres, los dolores y desprecios más grandes; con ellos no sólo redimió al mundo, sino que su humanidad ganó ser el Rey inmortal de los siglos. Porque no hay comparación entre estos dolores y la futura gloria con que Dios premia, sobrellevó San Pablo las persecuciones, y las cárceles, y la misma muerte, por predicar y propagar el Evangelio.

Los hechos admirables de los sufrimientos de los santos dan voces encareciendo esta verdad en todos los siglos de la Iglesia. Porque sabían que no hay comparación entre los sufrimientos y mortificaciones de esta vida y la grandeza de la gloria eterna, los mártires abrazaban tremendos y espantables tormentos antes que negar a Jesucristo; los penitentes vivían terribles y muchas veces increíbles mortificaciones, y los confesores y las almas deseosas de la perfección se privan de las diversiones y recreacio-

18. Id.: *A los Romanos*, 8, 18.

nes sociales para vivir recogidas en soledad o retiro en compañía de Dios en amor y expiación.

Por la paga de la gloria, decía San Antonio en su vida dura de desierto, que compraba oro con tierra, y los jóvenes San Venancio y San Sebastián mostraban gozo mientras sufrían el fuego lento y el descoyuntamiento de sus miembros, y los verdugos se quedaban admirados viendo la alegría y serenidad con que las delicadas jovencillas Santa Eulalia y Santa Bibiana, y Santa Agueda, y tantas mártires heroicas como ha habido, recibían los tormentos que tan sañudamente las daban. La grande gloria esperada daba contento al viejo San Pionio al ponerse sobre la pira para ser abrasado, y al ya muy anciano San Simeón comunicaba la serenidad y paz, que todos admiraban, permaneciendo crucificado y predicando desde la cruz, como San Andrés, durante varios días.

Ciertamente, era obra de la gracia especial que Dios les daba, pero ayudaba en gran manera a tener alegría en el tormento la esperanza de la paga del cielo, como ayudaba a San Hospicio a permanecer encerrado en un torreón solo, cargado de cadenas y lleno de miseria, y a tantos solitarios o recogidos en su aislamiento o retiro con vida dura y penitente. Sembraban toda la vida para recoger fruto superabundante y eterno. Cuando expiró San Pedro de Alcántara, hombre penitente como pocos, se apareció ya glorioso a Santa Teresa, y mostrándola la

gloria que gozaba, dijo: *Dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado*[19], en el cielo.

80.—Ante la diferencia de gloria que hay de unos a otros, según mostró el Señor a la misma Santa Teresa, dice ella: *Si me dijesen cuál quiero más: estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ningún trabajo irme un poco de gloria más baja que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más*[20].

Santa Teresa vio el cielo y le vio muchas veces, según nos dice ella misma; sintió los goces del cielo; vio ángeles y bienaventurados, de los cuales conoció a algunos; vio su gloria y por qué tenían aquella gloria. Entusiasmada con estas visiones, deseaba ella tener mucha gloria, aun cuando fuera pasando muchos sufrimientos. No serían extrañas estas visiones al lema que tenía de *o morir o padecer*.

Y pregunto a Santa Teresa: ¿Qué viste o qué sentiste, ¡oh santa admirable!, en el cielo, y cómo es el cielo? Pues yo tengo, como tú escribiste, deseos de tener noticias de nuestra Patria futura.

Y me dice Santa Teresa: *Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fue a mi padre*

19. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 36, 20.
20. Id., id.: *Vida*, 37, 3.

y madre; y tan grandes cosas en tan breve espacio como se podía decir un avemaría, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco...

Íbame el Señor mostrando más grandes secretos..., tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que podía, y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible, porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy disgustada. En fin, no alcanza la imaginación —por sutil que sea— a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más[21].

81.—Tampoco Santa Teresa da detalles del cielo, como era mi deseo. A semejanza de San Pablo, dice que es indecible, que no se puede expresar nada ni aun poner comparaciones, porque nada de lo que vemos en la tierra se parece a lo que se ve en el cielo. Vio la gloria de muchos santos. Quiero transcribir su

21. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 38, 1-3.

impresión y el recuerdo como ella lo dice para aliento de los que vivimos y pensamos en el cielo. Como San Pablo, nos dice que, pues somos, o debemos ser, ciudadanos del cielo, aun cuando no estemos todavía en tan dichosa morada, que sean nuestras conversaciones y nuestras obras como tales. Ella procuró que las suyas fuesen con los ángeles, como se lo mandó el Señor.

Cuando nos hace comparaciones para intentar dar más claridad y detalles, pierde esplendor la idealidad, porque aparece lo terreno-humano, y el cielo, por ser sobrenatural, es sobre toda brillantez y sobre toda comparación y concepción de lo que vemos. A semejanza de Isaías y San Juan dice: *Parecióme vi abrir los cielos, no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono que... he visto otras veces, y otro encima de él, adonde por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la divinidad. Parecíame sostenerle unos animales; pensé si eran los evangelistas. Mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no lo vi, sino muy gran multitud de ángeles; pereciéronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiera pasado por esto.*

Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello[22].

Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de junto a mí. Díjome: «Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo»[23].

Varias veces la mostró el Señor la gloria que gozaban personas particulares y religiosos de varias Órdenes que había conocido en la tierra. La mostró la *subida al cielo de la Virgen, y el alegría y solemnidad con que fue recibida, y el lugar adonde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fue grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria*[24].

Vi a la humanidad sacratísima (de Jesucristo) con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre; esto no sabré yo decir cómo es, porque, sin ver, me pareció me vi presente de aquella divinidad[25]. Quedó espantada de tanta majestad y claridad.

Vio a su padre y a su madre en el cielo, y advierte: *No quiero decir más de estas cosas, porque... no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea. Mas no he entendido, de todas las que he*

22. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 39, 22.
23. Id., id.: *Vida*, 38, 1-3.
24. Id., id.: *Vida*, 39, 26.
25. Id., id.: *Vida*, 38, 18.

visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, sino es la de este padre (Fray Diego Matías) y el santo Fray Pedro de Alcántara y el padre dominico que queda dicho (Fray Pedro Ibáñez). De algunos ha sido el Señor servido vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen. Es grande la diferencia que hay de unos a otros[26].

82.—Ver el grandísimo premio con que Dios glorifica a las almas santas y la inefable e insoñable hermosura y regalos del cielo, alentaba su alma para todos los heroísmos de las virtudes y amaba y procuraba más la soledad de los hombres y de su trato para estar en mayor intimidad tratando con Dios. Toda delicadeza y hermosura humana es fealdad comparadas con Dios. Dios puso en las potencias de estos santos y en su imaginación un mundo de belleza y de gozo insuperable como no pueden darle los humanos, gozo que sólo se vive en la soledad con Dios. La claridad del cielo y el recuerdo de Dios y de sus bienaventurados clarifican el alma y llenan de contento todo el ser. Así escribe en su *Vida: Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando… ser los que nos acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven y parecerme verdaderamente aquellos los vivos, y los que*

26. Id., id.: *Vida*, 38, 32.

acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía[27]. *Todo me parece sueño lo que veo con los ojos del cuerpo; lo que he visto con los del alma es lo que ella desea... Es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones*[28].

Mi alma se recrea y solaza leyendo las admirables visiones del cielo que Dios hizo a San Pablo, a Santa Teresa y ha hecho a otros muchos santos. No estuvieron en el cielo, sino que tuvieron visiones del cielo tan eminentes y maravillosas y fascinadoras, que no se atreven o no encuentran expresiones ni imágenes para decirnos las excelencias que vieron. Lo que veían y lo que gozaban excede a toda comparación y expresión.

Por la comunicación de estas visiones no puedo yo formarme idea clara y concreta del cielo, como era mi deseo. Me queda la noción suprema que ya me enseñaba la fe, y con estas visiones me afianzo más en que el cielo es sobre todo lo material creado y supera a toda otra belleza y a todos otros gozos materiales y que nada de la tierra se parece a lo del cielo. Es la obra material más maravillosa de la creación. Con razón se dice ser sobrenatural: por encima de toda la naturaleza visible creada. Allí se veían en Dios, llenos de Dios, viviendo en Dios y su felicidad. Dios mío, ¿nadie sabrá decirme qué es el

27. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 38, 32.
28. Id., id.: *Vida*, 38, 6-7.

cielo, cómo es, dónde está? ¡Qué goces y qué júbilos y delicias y qué grandiosidades y bellezas se verán y sentirán en el cielo cuando estos grandes santos y todos los que han vislumbrado algo de su luz se admiran y quedan espantados de tanto como en tan breve tiempo han visto y gozado y no encuentran comparaciones ni ideas para decirlo! Sólo sabían repetir, llenos de admiración: *Es tanto, tan maravilloso, tan incomprensible, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre cuanto Dios tiene preparado en el cielo al bienaventurado.*

Capítulo XV

Otras visiones del cielo que tuvieron muchos santos

83.—Si mi alma, aunque deseosa de verse hecha llama de amor de Dios y de ver en sí muy florecidas las virtudes, aún no lo ve, se siente obsesionada por el cielo y en todo lo recuerda temiendo perderle. Los santos tenían aún más impreso su recuerdo y estaban más obsesionados por el cielo y deseaban con todo deseo unirse pronto con Dios, su enamorado, y vivir pronto en su gloria con Él.

A muchos, como queda indicado, comunicó el Señor luces especiales y visiones. Muy pocos nos las han transmitido. Se las comunicaba Dios para estimularlos en el camino de la santidad y para que pudieran superar más triunfalmente las pruebas y los sufrimientos, ya fuesen los tormentos del martirio, ya las pruebas interiores o exteriores, ya las luchas con los demonios. Eran las visiones estímulo

de la vida espiritual en la oración más continua y en la penitencia más esforzada. Son muy pocas las visiones del cielo, a semejanza de una ciudad terrena, y ver a los bienaventurados viviendo como los hombres de la tierra, aunque ya con aspecto de felicidad. A este modo humano fueron las que tuvo el Beato Juan Grande[1]. Ordinariamente han sido o espirituales intelectuales, o imaginarias y a modo sobrehumano y sobrenaturalizadas.

Dios ha comunicado visiones a personas santas de todos los estados y en todos los tiempos. El Señor comunica de tiempo en tiempo su enseñanza por Sí mismo, ni deja de hacerlo en los actuales, aun cuando parezcan menos propicios para esta comunicación espiritual. Con frecuencia el conocimiento de las visiones se tiene después de fallecida la persona a quien se las hizo. No siempre ven el cielo, más bien pocas veces; el cielo real, nunca; pero ven efectos extraordinarios del poder y misericordia de Dios aprobando el obrar de los santos o para animarlos o para llamada a los que están apartados de Dios.

San Pablo, perseguidor en el camino de Damasco, oye a Jesús y se convierte en su más celoso apóstol. Cuando oraba y alababa a Dios en la cárcel de Filipos, con asombro de todos se abren las puertas por sí solas y ven los presos y las autoridades que Dios estaba con aquel hombre y su mano le protegía

1. Véase el cap. XI, núm. 56.

con prodigios. Nadie vio el cielo, pero sí vieron el milagro[2].

84.—Estaba San Pedro preso en la cárcel de Jerusalén para ser llevado a la muerte, cuando se le aparece un ángel en la noche y le saca de la cárcel a pesar de la custodia de dieciséis soldados[3], como le había sacado antes a él con San Juan[4].

Hacinados con otros muchos mártires en el mal ambiente de la cárcel esperando la muerte, San Saturio y Santa Perpetua tuvieron una visión del cielo que les confortó: vieron como un hermoso jardín, *como un palacio, y oyeron las voces más admirables cantando y una escalera de oro que llegaba de la tierra al cielo*[5].

Santa Regina, joven de diecisiete años, estaba en la cárcel llena de llagas producidas por los tormentos y esperaba la muerte cuando el Señor la mostró una paloma que revoloteaba en torno suyo sobre su cabeza curándola las heridas y vio una cruz de oro desde la tierra al cielo, oyendo las palabras de: *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que muy presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir a la gloria, que ya tienes preparada*[6].

2. *Hechos de los Apóstoles*, 16, 25 y sgs.
3. Id., id., 12, 7.
4. Id., id., 5, 19.
5. *Año Cristiano*, por Juan Croisset, y *Leyendas de oro*, 7 de marzo.
6. Id., id., 7 de septiembre.

Después del larguísimo martirio que había sufrido San Vicente y de ser terriblemente despedazado en todos sus miembros, *se iluminó la lóbrega cárcel en la cual, de nuevo, le habían metido, oliendo a muy delicadas fragancias, oyéndose armonías dulcísimas y curándosele las llagas. Ante este prodigio se convirtieron varios de los carceleros*[7].

La hija del gobernador, que había condenado al martirio de ser quemados por las llamas a San Fructuoso, Augurio y Eulogio en Tarragona, y dos familiares del gobernador, llamados Babilón y Migdonio, presenciaron la cremación y vieron que nada más expirar subían sus almas al cielo guiadas por ángeles; ante este prodigio se convirtieron la hija y los dos familiares[8].

85.—Los verdugos que cortaron la cabeza a Santa Martina vieron aparecer una luz celestial, con la cual se convirtieron, y los que habían martirizado murieron mártires confesando a Jesucristo[9].

Y cuantos presenciaron el martirio de Santa Eulalia, casi una niña aún, vieron, incluso los verdugos, que al morir en la cruz y entre las llamas, salía de su boca una paloma con dirección al cielo[10].

7. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 21 de enero.
8. Id., id., id., 21 de enero.
9. Croisset: *Año Cristiano y Leyenda de oro*, 30 de enero.
10. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 12 de febrero.

Y terminado el martirio de Santa Agueda, también jovencilla, vieron aparecerse unos ángeles en forma de jóvenes.

Dios anima visiblemente a sus siervos en las pruebas y los fortalece, como fortaleció a San Francisco de Asís en los dolores de una enfermedad, según lo narra su primer biógrafo: *La noche siguiente, estando despierto el santo y abismado en elevadísima contemplación de Dios, resonó repentinamente una cítara de armonía admirable y dulcísima melodía. A nadie se veía, mas las vibraciones de los sonidos indicaban que el citarista paseaba de una parte a otra. Arrobado su espíritu en Dios, gozó tanta dulzura el santo de tan sublime cantar, que se ilusionó hallarse ya en el otro mundo*[11].

Estando enfermo San Juan de la Cruz quisieron darle un rato de recreo con un concierto, más el santo no lo oyó, porque su espíritu, puesto en Dios, oyó una armonía mucho más delicada y más dulce[12].

Dios hizo sentir efectos extraordinarios y regalados a éstos y otros muchos santos. No eran del cielo ni estaban en el cielo, pero hacen soñar y pensar, ¿qué será el cielo y cuáles las armonías y bellezas y dulzuras del cielo si éstas son así? Y se forma

11. Tomás Celano: *Vida de San Francisco de Asís. Vida Segunda*, cap. II, c. 13, 89, y San Buenaventura: *Leyenda de San Francisco de Asís*, cap. 5, num. 11,

12. P. Crisógono de Jesús, C. D.: *Vida de San Juan de la Cruz*, cap. 20, nota 77.

en mi alma una idealidad de delicadeza, de grandiosidad, de encanto y delicia muy superior a todo lo conocido. Si estos efectos muy particulares me enseñan esto, ¿qué no me levantarán a pensar las visiones distintas de verdades sobrenaturales y de gloria que tuvieron los santos?

86.—Quiero también recordar algunas, entre las muchísimas que he leído, para intentar, si me es posible, dar una idea más concreta del cielo y saber su lugar.

Está muy extendida la fama de Santa María Magdalena de Pazzis por las muy extraordinarias comunicaciones y visiones que Dios la manifestaba. Mucho se las ha estudiado y admirado y mucho se ha escrito sobre estas revelaciones místicas. Ha sido por esto una de las santas más extraordinarias, aun en vida. Santa María Magdalena de Pazzis, en varias visiones, vio a varios santos en el cielo y vio la gloria que gozaban.

Recordemos algo de lo que vio del cielo y lo que nos dice. Pasando ante un cuadro de San Diego de Alcalá, *fijó en él los ojos y, cayendo de rodillas, permaneció por un breve tiempo arrebatada en éxtasis, contemplando la silla de este santo, que parecía igualar a la del glorioso padre San Francisco. Quiso conocer el por qué de tanta gloria, y el humilde santo le dijo que eran tres los motivos: Me dejé y desprecié en todas las cosas a*

mí mismo; abracé la cruz y el crucifijo y tomé por mi compañera la santa humildad[13].

En otra ocasión, el 4 de abril de 1600 *de repente, el cielo se rasga a sus ojos y se le muestra el angélico joven San Luis Gonzaga radiante de gloria. ¡Oh, qué gloria!* —exclamó estática la santa—. *¡Qué gloria tiene Luis, hijo de Ignacio!... Jamás lo hubiera creído si no me lo hubieras mostrado, oh Jesús mío! ¡Me parece si así puedo decirlo, que no pudiera haber en el cielo tanta gloria cuanta veo goza Luis!... Tanta gloria le proviene de sus obras internas. ¿Quién podrá realzar el valor y la virtud de las obras internas? No hay sombra de comparación entre las acciones internas y las externas... ¡Oh, cuánto amó en la tierra y ahora goza de Dios en la plenitud de amor!*[14].

Aún quiero poner otra visión que esta santa tuvo de una religiosa, que había sido formada por ella, llamada María Benedetta y muerta a los veintiocho años.

Santa María Magdalena *vio los cielos abiertos y, llena de gloria, contempló a la querida hija. Un manto dorado la cubría toda, en premio de su ardorosa caridad; tenía los dedos adornados de anillos y ceñía una corona mucho más preciosa que la de otra religiosa. La dijo la santa: Ahora, en la Patria, ya no vas con la cabeza baja*

13. Una Monja del convento de la Santa: *Santa María Magdalena de Pazzis*, cap. 24.
14. Id., id., cap, 24.

como cuando estabas aquí abajo con nosotras, sino que vas llena de gloria por todos los coros celestiales[15].

De otra religiosa, la hermana María Bagneri dice: *La vi a la derecha de Jesucristo, en medio de Él y la Santísima Virgen. Estaba adornada de riquísima vestidura, premio de su vehemente amor, y tenía en la mano la palma como los mártires*[16].

En otras muchas visiones que Dios la comunicó, vio los coros de los ángeles y los coros de los bienaventurados, y que los justos de la tierra alcanzaban del Señor, todos unidos, algo que no alcanzaron los mismos ángeles y bienaventurados, como premio y para aliento de su oración, pidiendo por la sangre de Jesús[17].

87.—El franciscano Fray Pacífico vivía con San Francisco y tuvo sobre el santo la siguiente visión: *Como comenzase su oración fue levantado al cielo y vio allí muchas sillas, entre las cuales había una más elevada y gloriosa que las otras, resplandeciente y adornada con todo género de ricas piedras. Admirado de su belleza, púsose a pensar para consigo de quién sería aquella silla. Y al punto oyó una voz que le decía: Esta silla fue de Lucifer y en su lugar se sentará en ella Francisco el humilde*[18].

15. Id., id., cap. 18.
16. Id., id., cap. 17.
17. Id., id., cap. 26.
18. *Leyenda de San Francisco por tres de sus amigos*, capítulo 70.

También el hermano San Alfonso Rodríguez recibió la gracia de una visión del cielo. Un día, estando en oración, ve que se le abrieron los cielos y contempló delante de sus ojos tronos magníficos adornados con toda riqueza y hermosura. Todos estaban ya ocupados menos uno, el más suntuoso y más bello. El santo preguntó al Ángel de su Guarda: *¿Para quién era aquel trono? Y el ángel le dijo: Para tu discípulo Pedro Claver. Llegará a merecerlo por sus heroicas virtudes y por el prodigioso celo*[19]. San Pedro Claver aún no había embarcado para las Américas, donde se santificó siendo el apóstol abnegado y admirado de los esclavos negros, y como el esclavo voluntario de los esclavos negros, con asombro de cuantos conocían su infatigable vida diaria.

Grande alegría recibió San Juan Bosco cuando, con mucha gloria y contento, se le apareció su madre, a quien tanto había amado, y él, a su vez, lleno de gozo, al despedirse dijo: *Volveré a ver a mi madre en el cielo.*

Conversando familiar y santamente San Juan de la Cruz con su hermano Francisco de Yepes en la huerta del convento de Segovia se les aparece gloriosa su madre acompañada de una hija de Francisco, la cual había muerto siendo muy pequeñita. Veían a las dos muy llenas de gloria y la niña

19. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano y Leyenda de oro*, 9 de septiembre.

cantando muy dulcemente, llenando de contento a los dos santos hermanos[20].

El Beato Nicolás Factor tuvo durante su vida muy grande amistad con San Luis Beltrán, estuvo presente a su muerte y el Señor le mostró, a esa hora, la gloria grandísima que San Luis Beltrán gozaba en el cielo[21].

88.—Leo y gusto de releer escritos que narran, con probabilidad de verdad, visiones de ángeles, visiones del cielo, luces, armonías que tuvieron los santos o los muertos en olor de santidad, y como yo, lo releen con gusto muchas almas espirituales. Tengo ansias de saber noticias y detalles de mi Patria eterna y deseada y de la casa gloriosa y celestial de mi Padre-Dios. Todos los relatos o expresiones de los santos sobre el cielo aumentan mi ilusión y el concepto de hermosura, de delicia, de esplendor y felicidad que bulle dentro de mí. Pero no me enseñan particularidades dignas de crédito absoluto, y aún son muy pocas las dignas del relativo para todos. Me queda cierta y firme la verdad de la fe solamente. Las mercedes sobrenaturales que Dios ha hecho a los santos, sin dar ni certeza ni detalles, los ponen luz y vigor en el espíritu. Caminaban a la Patria de

20. P. Crisógomo de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz*, cap. 18, y P. José de Velasco: *Vida y virtudes del V. Varón Francisco de Yepes*.
21. *Leyenda de oro*, 5 de marzo.

la dicha. Dios les daba destellos antes de llegar y entrar en ella. Destellos de esperanza, de alegría de que llegaban a Dios. Y era mayor el contento cuando ya estaban próximos a la muerte.

Así, San Silvino, poco antes de expirar, vio una multitud de ángeles que venían a invitarle y a acompañarle para que fuera ya a tomar posesión del cielo, y gozoso exclamaba el santo: *Mirad, mirad a los ángeles que se nos acercan invitándonos a que los sigamos*[22].

Y la Beata Ana de San Bartolomé, en narración sumamente sencilla, dice que estando con el corazón deshecho por el dolor de la muerte inminente de Santa Teresa, vio la grandísima gloria que Dios la tenía preparada y *se me mostró con toda la Majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de la cama, que venían por su alma,* cambiando de tal manera su ánimo al ver tanta gloria que dijo: *Llevadla, Señor, enseguida; no la detengáis más*[23].

La misma Beata Ana escribe que, *siendo niña que no sabe bien hablar..., levanté los ojos al cielo... y parecióme que veía el cielo abierto y que allí se me mostraba el Señor con una grande majestad*[24]. *Y estaba en oración en una ermita y vínome un recogimiento y en él me mostraron una vista de la eternidad y de la Santísima Trinidad, que, aunque lo vi, no sé decir cómo era*[25].

22. Juan Croisset: *Año Cristiano,* 17 de febrero.
23. Beata Ana de San Bartolomé *Autobiografía,* cap. 9.
24. Id., id., cap. I
25. Id., id., cap. 6.

Y aparecióseme el Señor en la humanidad y en su gloria, y había una claridad tan grande desde el cielo, adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca y díjome[26].

Otra vez, estando en oración, me mostró el Señor la gloria de todos los santos; en medio de ellos, a mi santa madre Teresa[27]. El Señor hizo a esta Beata Ana muchas comunicaciones en visiones del cielo y de santos ya gloriosos, narradas por ella misma por mandato de sus confesores.

89.—Dios, de cuando en cuando, ha mostrado a almas santas, aun viviendo en la tierra, la gloria con que había premiado a otras almas, que aquí conocieron y trataron como se ve en algunas de las que termino de narrar. La venerable María de Jesús, cuyo cuerpo se conserva incorrupto en Toledo desde el siglo XVII en que murió, escribe de sí misma: *Digo que a mi madre Juana Evangelista —religiosa muerta y conocida de las dos— me la mostró el Señor después de algunos días que murió, muy gloriosa y linda a maravilla. En el coro de las vírgenes y mártires tenía su lugar y estaba ricamente adornada y resplandecía su adorno como blanco y encarnado, y tenía corona y palma. Me dieron a entender que por su pureza y por lo mucho que había sufrido*[28].

26. Id., id., cap. 18.
27. Id., id., cap. 24.
28. P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano*, 31 de octubre.

Si quisiera continuar poniendo ejemplos de almas santas que tuvieron visiones ya del cielo, ya de la gloria que gozaban santos gloriosos, no acabaría. Sólo pondré ahora dos más por el encanto que encierran y la alegría que producen.

Viviendo Santa Oria en el total encerramiento que había abrazado durante toda su vida, desde muy joven, para estar perfectamente ofrecida a Dios, acompañándole, pensando en Él, amándole y haciendo penitencia, quiso el Señor hacerla una merced muy consoladora después de haber sido probada y purificada muy fuertemente, como hace Dios con sus amados santos para que crezcan más en su amor, en las virtudes y pueda darles más cielo.

Un año antes de su muerte, rezados los maitines de la tercera noche de Navidad, vio que el cuartito donde oraba se iluminaba con luz misteriosa y muy bella. Con la luz se la presentaron tres encantadoras doncellas, con alegría y hermosura del cielo. Eran Santa Cecilia, Santa Agueda y Santa Eulalia, acompañadas de tres palomas. La vienen a visitar de parte de Dios para invitarla, y si quiere hacer una visita al cielo, se una a ellas. ¿Cómo no aprovechar una invitación tan insospechada y deseada? ¿Quién no siente dentro de sí deseo gozoso de que se le presentara tal ofrecimiento?

Aceptada la oferta, las palomas emprendieron el vuelo hacia el cielo, y detrás de las palomas, las tres santas y ella. Ya en el cielo, la presentan a los coros

de los bienaventurados, a la Santísima Virgen, a Jesucristo, y ve el cielo y la enseñan también el lugar que ella habrá de ocupar si persevera en la vida de recogimiento, oración y penitencia que ha vivido hasta el presente[29].

Vio Santa Oria el cielo, vio a Jesucristo, a la Virgen, a los bienaventurados y ángeles, vio su trono y su gloria. Pero no dio ningún detalle ni descripción alguna que satisfaciera mi curiosidad o no ha llegado hasta nosotros.

90.—De las narraciones más extensas, detalladas e impresionantes del cielo y de sus dichosos moradores, es la transmitida por la sierva de Dios, Madre Ana de San Agustín. En una visión precedente la había mostrado el Señor el infierno con sus terribles tormentos y desgraciados atormentados. Tan terrible y tremenda impresión produjo en su alma la vista de aquellos tormentos y atormentados, que decayó su ánimo, antes muy alegre, y perdió la salud del cuerpo. De lo alegre de su carácter no la quedó ni aliento para reír.

Para animarla y fortalecerla de tan deprimente aflicción, en un largo éxtasis, la mostró Dios, en visión, el cielo y la gloria de los bienaventurados. Por mandato de la obediencia intentó decir algo de lo que había visto.

29. Fray Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 11 de marzo.